

## **Dos historias en una estancia vacía**

El hombre llevaba un largo gabán pardo. Estaba de pie en una esquina al lado de una débil luz proveniente de un poste. A veces, el bombillo se apagaba, el hombre desaparecía, luego reaparecía. Para un observador fantasioso, sería interesante preguntarse si la existencia de aquel hombre estaba condicionada por la luz inconstante. Un discernimiento sobre el *ser para sí* y *ser para otro* podría brindar alguna información útil. Con todo, fuera de la posibilidad de un observador fantasioso, en efecto, había, al menos, observador.

Desde una ventana, en el tercer piso del edificio que estaba atrás del sujeto del gabán, unos ojos, una cara, una sonrisa lo miraban. Era mirado por una expresión de seriedad risueña, por unos labios con cierta curvatura, por una habitación de sombras movedizas, en fin, el adjetivo *misterioso* muestra necesidad de ser utilizado. El sujeto del gabán volteó y concentró su mirada en aquello misterioso. No necesitó mayor invitación para llamar a los citófonos del tercer piso; sólo el del 303 contestó. Una voz cavernosa dijo: - sí, qué necesita-, el otro contestó: -vine por un cuento de terror-. La puerta del edificio se entreabrió con una ráfaga viento y el sujeto del gabán la empujó, no sin antes echar un vistazo a la esquina donde había estado de pie. La luz del poste se apagó; el sujeto entró.

El ambiente adentro del edificio era nauseabundo; había un frío hediondo que se condensaba en aquel recinto; por ello la humedad era terrible; todo goteaba. Cuando empezó a subir las escaleras, supuso que en cualquier momento la madera podrida se rompería, logrando una caída, si no terrible, al menos molesta. Un silencio reinaba en la

construcción; trataba de no hacer mucho ruido, pero ante semejante mutismo, los crujidos de la madera eran toda una orquesta. Finalmente llegó. Los números parecían escritos con alguna clase de carbón. Los tocó, pero no se borraron, en cambio la puerta se abrió. No tenía ninguna clase de seguro, ni siquiera estaba ajustada.

La luz del poste se encendió. Era una estancia mediana, un arco la dividía, pero no había para diferenciar dos posible espacios. Había un par de sillas y una mesa pequeña; solo era un espacio vacío. Se oyó que al fondo una puerta se cerraba, de pronto un grito de mujer rompió el silencio; era profundo, desgarrado, casi producía escalofríos. El sujeto del gabán se asustó un poco y comenzó a retroceder hacia la puerta principal; ya había caminado un par de metros hacía adentro. La voz cavernosa que le había contestado ahora lo detuvo: -por favor, no se vaya, no quiero que se vaya sin tener lo que vino a buscar-. El dueño de aquella voz apareció. Era un hombre de unos cuarenta y tantos años, de rasgos fuertes, vestido con un traje de paño gris, camisa blanca y, en lugar de corbata, tenía una rara bufanda muy enrollada alrededor del cuello. -No se vaya-, repitió; -tomé asiento y le contaré rápidamente mi historia- dijo, mientras él mismo se sentaba. El sujeto del gabán pardo avanzó dudoso, paso a paso, hasta que finalmente terminó sentado, a la espera de lo prometido. No pudo adivinar si aquel era quien lo miraba minutos antes.

Sin alargar más la espera, el narrador se acomodó un poco su bufanda y comenzó: -sabe, a mí no me gustan los sustos finales, aunque a veces son imprescindibles simplemente por cierta estructura lógica o efectista de la narración. Lo que le quiero decir con esto es que le adelantaré algo que me molestaría revelárselo al final. Yo muero en esta narración, un fantasma es quien le cuenta este cuento, sin embargo, lo que soy no es el

propósito de las siguientes palabras, sino cómo los hados con terribles designios me trajeron a este estado. Aquellas voluntades secretas e ininteligibles me trajeron a un personaje que me condujo con paso seguro y con sonrisa infernal hacia la locura, por decirlo de alguna forma.-

El sujeto del gabán pardo se sintió congelado, asustado, incrédulo, algo horrorizado, pero igual congelado, incapaz de moverse; el otro continuó: -la suerte de un trabajo silencioso, pesado, preciso y medio bien pagado me trajo a esta ciudad. Intentaba ser lo más eficiente posible, para poder dedicarme a mis lecturas. El resultado de esto fue un alejamiento del mundo, ni el día ni la noche me alcanzaba, estaba hundiéndome entre precisión de cuentas y teología, listas caóticas y literatura, entre cosas que afortunadamente ya he olvidado. Entonces una noche al salir de un café, lo conocí.

-Su nombre era Tirrecio Valencia, nunca supe su procedencia, ni mayor cosa sobre su persona. En ese entonces me llamó la atención tan enigmático personaje, sus maneras, su gélida sonrisa; ojala nunca me hubiera interesado aquello. Al principio sólo fueron conversaciones de café, lo cual produjo cierta relajación a mi pesado modo de vida. Conocí gente y asistí a divertidas reuniones, lo de *divertidas* fue cuestión de olvido. En realidad eran aburridas, pero a mí se me había olvidado. Regresando con él, como decía, al principio solo fue aquello, pero después me condujo por el camino del exceso. A veces, me parecía que éramos una burda parodia de Fausto y Mefistófeles. A veces, no pensaba nada, parecía que careciera de voluntad para bajarme de aquel tren, estaba sedado y él sólo sonreía. Una vez, en una mascarada, en verdad me sentí atrapado en cierta escena de aquella obra inmortal, cuando bajo el efecto de unas pesadas drogas, vi pasar ante mis ojos todo un desfile digno de cualquier Olimpo o Valhalla.

-Una vez, después de una pesada noche de sueño, me levanté con algo de voluntad. Me hallaba en un pequeño cuarto, no había mucha luz, hacía un par de meses que me habían despedido del trabajo. Tirrecio y yo obteníamos dinero de pequeños robos y estafas. Tocaron a la puerta, era él. Con ese *algo* de voluntad con que me había levantado, dije: - Se acabó. Si era una lección lo que buscaba dar, ya la aprendí. Conseguiré un trabajo y seré medido. Adiós entonces-. Cerré la puerta y sólo escuché su risa, que cada vez me resultaba más odiosa.

-Tal y como le dije, así hice. Obtuve un trabajo menos solitario y silencioso; algo estudiaba. Todo estuvo bien el primer mes, hasta que una noche soñé con él, con su sonrisa que me atrapaba, me asfixiaba, me aterrorizaba, como si me hubiera quedado dormido en el bosque y una anaconda gigante me sirviera gustosa como almuerzo. A partir de allí, no sólo aparecía en mis sueños, sino también en cualquier calle, café; llegué a creer verlo en mi propio reflejo. Alguna vez, alguien hizo un comentario en el trabajo y reí, reí como él, era su maldita, fría y horrorosa risa.

-Consideré un escape a esa especie de locura que me estaba acabando, un escape llamado amor. Mientras más lo pensaba, más me convencía que aquella era la solución; pues, al principio, me consumí a mí mismo y no había espacio para el amor, luego, con él, las noches en manos de sus concubinas tampoco resultaban en nada parecidas a lo que yo llamara amor. Entonces, en una fiesta la conocí. Yo me hallaba detallando la estancia tan burdamente adornada (ya no me hacían gracia esas fiestas, pero a veces, gracias a la invitación de los patrones, los empleados teníamos el privilegio de ir a algunas celebraciones; nunca entendí la razón), cuando una silueta algo pesada, pero sin

perder delicadeza alguna, salió de entre el gentío de la columnas. Quedé prendado de inmediato de aquellos ojos, cuya figura remedaba la de ciertos dibujos egipcios; su cabello negro estaba elegantemente recogido con unas raras cintas. Sus labios delgados no estaban pintados y sólo cuando me acerqué los pude apreciar. Me presenté y hablamos de tonterías. En esas tonterías quedé absorto en un imposible pensamiento, *ella era todo lo que yo buscaba, anhelaba, era mi ideal*. Al finalizar la conversación, estuve tentado a decirle todo lo que sentía, pensaba, pero con su mirada parecía ya saberlo todo. Se alejó silenciosamente, yo no podía moverme, después de unos minutos ella estaba en el segundo piso. Allá arriba me hizo unas señas que entendí a la perfección; cada vez me agradaba y me aterraba más aquel imposible pensamiento.

-Pasaron los minutos, yo no me decidía a seguir aquellas señas, seguía aquel pensamiento revolviendo mi cabeza y mi estómago. Entonces sentí algo extraño, ya no tuve voluntad, me sentí sedado, como cuando estaba con él; terminé en la puerta indicada en las señas. Al entrar sentí un aroma exquisito, un aroma que me gustaba demasiado; con esto todavía las cosas se hacían más perturbadoras. Ella estaba desnuda sobre la cama, era justo como había anhelado, sin embargo, ella me miró con espanto y a medida que yo avanzaba, ella retrocedía. Intenté articular alguna palabra. Antes de que lograra aquello, ella gritó, fue como un corte al viento, como una veloz saeta de voz. Alguien dijo algo desde algún lugar del aposento, luego sólo con unos pantalones puestos, Tirrecio salió sonriente del baño de la habitación. Él la miro y dijo: -En todo caso disculpa, mi amorcillo-. Ella se desmayó. Sin vacilar, me lancé contra él, lo tenía contra el piso en el baño, le preguntaba *quién era*. Él me asestó un golpe y se levantó diciendo: -Es que aún no lo sabes, pedazo de imbecil, yo soy tu Hyde, intentas matar a William Wilson, somos *los teólogos* que Dios confundió en el paraíso; el resultado de

tus miserables días de opresión-. Ciertamente, algunas palabras provistas de un significado bastante fuerte podrían dar cuenta de lo que sentí, luego le pido que busque en usted esas palabras y conozca algo de aquel horror.

-Después de levantarme, en el espejo el reflejo de Tirrecio suplantaba al mío, golpeé el vidrio y tomé un trozo puntiagudo de este, dispuesto a matarme a matarlo; no estaba en condiciones de ser muy razonable. Él me miraba desde la puerta del baño y se alejó tranquilamente. Salí de la habitación, lo había perdido de vista, mas no. Allí estaba caminando por el corredor, le asesté un cuchillazo en la espalda, luego le abrí la garganta de un tajo. Se ahogó en su sangre. Alguien me miraba desde abajo, ¿también era él! Luego, al voltear a mirar a mi víctima, sólo contemplé a un compañero de trabajo dando estertores de muerte. Corrí escaleras abajo, él estaba esperando al final de los escalones. Lo embestí con furia, varias puñaladas en el vientre, en el vientre de una señora de edad que algo lagrimeó antes de morir. Levanté mi vista, todos eran él, todos se acercaban sonriendo a atacarme. Impartí unos cuantos sablazos antes de salir corriendo del lugar. Atrás dejaba unos muertos, otros heridos, una gran confusión y unos patronos en tremenda humillación.

-Nadie me atrapó y llegué a este maloliente y abandonado edificio. Entré a esta estancia y comencé a golpearme contra las paredes. Un grito, el de ella, salió de una habitación. Sangrando en el suelo, observé a Tirrecio salir de aquella habitación; dijo: -No importa, ya se le pasará, creo que al final ustedes se querrán, igual es tu ideal, ¿no?-. Finalmente, me colgué, mi cabeza se desprendió y lo último que oí... ya adivina, la risa y el grito.-

El narrador se levantó y despidió al sujeto del gabán pardo. Parecía apurado, entonces se oyó de nuevo el grito y la puerta de la habitación del fondo se abrió. Apareció un tercer sujeto, vestía de negro y sonreía mucho. El narrador intentó sacar rápidamente al del gabán pardo, pero las palabras del recién aparecido no se hicieron esperar: -Ah, usted era el que venía por un cuento de terror, me imagino que sufrió con la historia que a mi amigo le gusta contar; probablemente la única que él sabe. Yo le propongo que, si se va, al menos se vaya con dos historias. Lamentablemente, mi historia pareciera conformar una sola, junto con la del presente personaje. Sin embargo, he llegado a considerar mi historia superior. No tiene la mesura ni la resignada tragedia, ni muchos muertos, ni mayores revelaciones. Simplemente, son ciertos datos que mi amigo nunca agrega a su historia, además de algunos misterios y par de dilemas, luego aquí le va.

*No estoy seguro de cuando aparecí y aún no entiendo por qué razón fui creado. Sólo sabía que debía mostrarle a alguien lo que yo conocía. Lo hice. A él lo tuve durante un tiempo como mi aprendiz, pero después se reveló. Aprendió algo que me haría desaparecer. No sé porqué, pero no quería desaparecer, je. Entonces traté de acércamele, de hacerle saber que mi ser aún estaba presente, pero vaya que tenía terrible voluntad. Imagínese, el muy malagradecido me quería hacer desaparecer a toda costa. Pero su último artificio, hizo que yo hiciera algo realmente monstruoso. Yo le di ser tangible a su ideal. Ella grita mucho, se niega a aceptarlo. Ahora, esto me lleva a los dilemas; espero su opinión claro está. Quién es más culpable: él, ya que posiblemente su forma de vida desencadenó todo esto, o yo, pues le di ser tangible a un ideal, luego le enseñé lo que era, además, supuestamente, soy el gran terror de este colgado señor. Aquí va otro dilema. Quién se debería sentir peor: ese fantasma condenado a esta habitación, yo como el miserable alter ego de un fantasma, ella*

*condenada junto a nosotros por ser parte de aquel loco, o bien usted, quien, para que el terror sea completo, es un espectador imaginario, cuyo único propósito era escuchar dos historias de terror en esta estancia, al fin, vacía. No cierto que es mejor mi historia, al menos más reflexiva. Igual, querido espectador, mire estas cosas, en verdad parecen toda una broma algebraica, je.*

El narrador primero se levantó bruscamente para lanzarse encima del de negro, pero en su afán, la bufanda se soltó y su fantasmal cabeza salió rodando por el suelo. Tirrecio se reventó de la risa, al ver la cabeza rodando y echando maldiciones. El sujeto del gabán pardo, perplejo, se acurrucó apoyándose en una pared. El alter ego del fantasma lo miró y dijo: -espero que usted no sea tan gritón, pues nos espera un no-tiempo, la eternidad y es suficiente con ella, ja, la eternidad, no le parece ingenioso, jajajaja, más que la otra broma algebraica-. Afuera comenzó a llover un poco. Se escuchó un grito. La luz del poste se apagó.

Seudónimo: 00